

Verde Domingo V del Tiempo Ordinario MR, p. 419 (415) / Lecc. I, p. 276 LH, Semana I del Salterio

Otros Santos: [Pablo Mikki, presbítero de la Compañía de Jesús y compañeros, mártires;](#)
[Francisco Spinelli, presbítero y fundador; Mateo Correa Magallanes, presbítero y mártir](#)

EXPERIENCIAS MÍSTICAS

Is 6, 1-2. 3-8; Sal 137; I Cor 15, 1-11; Lc5, 1-11

Este domingo tenemos lecturas repletas de experiencias tan sobresalientes y llamativas de Dios en las cuales los personajes casi no pueden hablar. En el Evangelio, Pedro es testigo de un milagro de Jesús que él, siendo un pescador, no logra entender: ¿Cómo ha podido Jesús producir una pesca tan inmensa que llenó dos barcas hasta el punto de hundirse? Lo que es más, es testigo de la presencia irresistible de Jesús mismo. Es tan intensa la experiencia de Pedro que tiene que confesarse un hombre pecador, dejar todo y seguir a Jesús. El profeta Isaías también experimenta la presencia de Dios que lo ilumina y purifica. La santidad de Dios le hace sentir dolorosamente una especie de pánico, su impureza humana. Parece que Isaías y Pedro han tenido experiencias místicas: se han acercado, cuanto es posible para los seres humanos, a Dios.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 94, 6-7

Entremos y adoremos de rodillas al Señor, creador nuestro, porque él es nuestro Dios.

ORACIÓN COLECTA

Te rogamos, Señor, que guardes con incesante amor a tu familia santa, que tiene puesto su apoyo sólo en tu gracia, para que halle siempre en tu protección su fortaleza. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Aquí estoy, Señor, envíame.

Del libro del profeta Isaías: 6, 1-2. 3-8

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor, sentado sobre un trono muy alto y magnífico. La orla de su manto llenaba el templo. Había dos serafines junto a él, con seis alas cada uno, que se gritaban el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos; su gloria llena toda la tierra».

Temblaban las puertas al clamor de su voz y el templo se llenaba de humo. Entonces exclamé: «¡Ay de mí!, estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, porque he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos».

Después voló hacia mí uno de los serafines. Llevaba en la mano una brasa, que había tomado del altar con unas tenazas. Con la brasa me tocó la boca, diciéndome: «Mira: Esto ha tocado tus labios. Tu iniquidad ha sido quitada y tus pecados están perdonados». Escuché entonces la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía?». Yo le respondí: «Aquí estoy, Señor, envíame».

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 137, 1-2a. 2bc-3. 4-5. 7c-8.

R/. Cuando te invocamos, Señor, nos escuchaste.

De todo corazón te damos gracias, Señor, porque escuchaste nuestros ruegos. Te cantaremos delante de tus ángeles. Te adoraremos en tu templo. ***R/.***

Señor, te damos gracias por tu lealtad y por tu amor: siempre que te invocamos nos oíste y nos llenaste de valor. ***R/.***

Que todos los reyes de la tierra te reconozcan al escuchar tus prodigios. Que alaben tus caminos, porque tu gloria es inmensa. ***R/.***

Tu mano, Señor, nos pondrá a salvo, y así concluirás en nosotros tu obra. Señor, tu amor

perdura eternamente; obra tuya soy, no me abandones. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Esto es lo que hemos predicado y lo que ustedes han creído.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 15,1-11

Hermanos: Les recuerdo el Evangelio que yo les prediqué y que ustedes aceptaron y en el cual están firmes. Este Evangelio los salvará, si lo cumplen tal y como yo lo prediqué. De otro modo, habrán creído en vano.

Les transmití, ante todo, lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, como dicen las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según estaba escrito; que se le apareció a Pedro y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos reunidos, la mayoría de los cuales vive aún y otros ya murieron. Más tarde se le apareció a Santiago y luego a todos los apóstoles.

Finalmente, se me apareció también a mí, que soy como un aborto. Porque yo perseguí a la Iglesia de Dios y por eso soy el último de los apóstoles e indigno de llamarme apóstol. Sin embargo, por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí; al contrario, he trabajado más que todos ellos, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios, que está conmigo. De cualquier manera, sea yo, sean ellos, esto es lo que nosotros predicamos y esto mismo lo que ustedes han creído. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 4, 19

R/. Aleluya, aleluya.

Síganme, dice el Señor, y yo los haré pescadores de hombres. **R/.**

EVANGELIO

Dejándolo todo, lo siguieron.

Del santo Evangelio según san Lucas: 5, 1-11

En aquel tiempo, Jesús estaba a orillas del lago de Genesaret y la gente se agolpaba en torno suyo para oír la palabra de Dios. Jesús vio dos barcas que estaban junto a la orilla. Los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Subió Jesús a una de las barcas, la de Simón, le pidió que la alejara un poco de tierra, y sentado en la barca, enseñaba a la multitud. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Lleva la barca mar adentro y echen sus redes para pescar». Simón replicó: «Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero, confiado en tu palabra, echaré las redes». Así lo hizo y cogieron tal cantidad de pescados, que las redes se rompían. Entonces hicieron señas a sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarlos.

Vinieron ellos y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús y le dijo: «¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!». Porque tanto él como sus compañeros estaban llenos de asombro al ver la pesca que habían conseguido. Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús le dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Luego llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Se dice Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Oremos, hermanos, al Padre del Unigénito, al Hijo del Dios eterno y al Espíritu, fuente de todo bien: (R/. Escúchanos, Señor.)

Para la Iglesia inmaculada del Dios verdadero, extendida por todo el mundo, pidamos la plena riqueza del amor de Dios, *roguemos al Señor.*

Para los que gobiernan los pueblos y tienen en su mano el destino de los hombres, pidamos el espíritu de justicia y el deseo de servir con dedicación a sus súbditos, *roguemos al Señor.*

Por los débiles que se ven oprimidos y por los justos que sufren persecución, oremos a Jesús el Salvador.

Para nosotros mismos, pidamos al Señor un temor filial, un amor ferviente, una vida feliz y una santa y buena muerte, *roguemos al Señor.*

Dios nuestro, de grandeza infinita, que has confiado a nuestros labios impuros y a nuestras fuerzas débiles la misión de proclamar el Evangelio, escucha las oraciones de tu familia y susténtanos con tu Espíritu, para que tu palabra sea acogida por los hombres con corazón generoso y abierto y dé fruto abundante en todo el mundo.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, que has creado los frutos de la tierra sobre todo para ayuda de nuestra fragilidad, concédenos que también se conviertan para nosotros en sacramento de eternidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo Ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 106, 8-9

Demos gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace en favor de su pueblo; porque da de beber al que tiene sed y les da de comer a los hambrientos.

O bien: Mt 5, 5-6

Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, que quisiste hacernos participar de un mismo pan y un mismo cáliz, concédenos vivir de tal manera, que, hechos uno en Cristo, demos frutos con alegría para la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- La Iglesia tiene un gran tesoro que muchos no conocen: los escritos de los místicos. Grandes santos y escritores, como Teresa de

Ávila (1515-1582), San Juan de la Cruz (1541-1591) y muchos más, han tenido experiencias transformadoras de la presencia de Dios y nos han dejado libros exquisitos, escritos con sabiduría profunda y a veces en forma poética, sobre estas experiencias, que son inexpresables en su esencia. Por si fuera poco, también detallan los pasos que cualquiera de nosotros podría asumir para abrirnos, si Dios quiere, a la presencia casi directa de la divinidad. Incluyen momentos como la purificación, la iluminación, la noche oscura del alma y la unión con Dios. ¿Conocemos esta literatura? ¿Hemos estudiado con atención los consejos de los místicos? En una época hambrienta de experiencias directas de Dios, tales escritos son un tesoro de inestimable valor.